

CONJETURAS SOBRE EL PSICOANÁLISIS EN EL SIGLO XXI

GUSTAVO DESSAL

Esa mañana, una mañana radiante de octubre del año 2087, una mañana que lo prometía todo, el hombre H. se despertó a su hora acostumbrada, tras un descanso perfecto. En su cerebro parpadeaban aún los restos de un agradable sueño, químicamente inducido por su Programa Onírico Personalizado. Al incorporarse en la cama, un sensor térmico encendió el proyector de estructuras audiovisuales con el resumen de las noticias y las ofertas del día.

Se dirigió a la cocina, estudió el menú de desayunos balanceados propuestos en la pantalla del ordenador, pulsó la opción 3, y al instante el dispensador de microcápsulas regurgitó un saludable complejo multivitamínico. Mientras lo saboreaba acompañado de un zumo de naranjas sintetizado, echó un vistazo a su agenda electrónica. Dos ciberconferencias y una proyección holográfica para decidir algunas operaciones de compra para su empresa. Una jornada tranquila.

A través de la ventana observó la calle, el tráfico de vehículos antigravitatorios, y los transeúntes, que vistos desde esa altura se asemejaban a pequeños insectos multicolores. En ese momento se dio cuenta que hacía mucho tiempo que no pisaba la calle. No lo recordaba con exactitud, de modo que al entrar en la ducha de ultrasonidos solicitó el dato al ordenador del baño. Un año y treinta y siete días sin salir de su casa, verificó en la pantalla. El ordenador le ofreció la opción de activar el vídeo de aquella salida, pero el hombre no quiso perder tiempo con eso. Una sensación desacostumbrada lo invadía en los últimos días, algo indefinido en el pecho, una suerte de ahogo que lo obligó a sentarse de nuevo en la cama. Hoy lo sentía con más fuerza.

El ordenador Madre captó la alteración de su tono vital, y de inmediato lo interrogó.

“¿Le sucede algo?”

“No estoy muy seguro. Es una sensación extraña, aquí en el pecho.”

“¿Un dolor?”

“No sabría responder con exactitud. El dolor es una vivencia casi olvidada. Creo que alguna vez lo experimenté en la infancia, antes de que nos introdujesen el Regulador Enzimático Intramuscular. Desde entonces no he vuelto a sentir nada semejante. Diría más bien que se trata de una extrañeza.”

“¿Una extrañeza? Defina ese término, por favor.”

“Es que precisamente una extrañeza es algo difícil de definir.”

“Nada es difícil de definir”, replicó la Voz. “Por favor, apoye su índice izquierdo en la pantalla para que podamos efectuar un análisis de sus valores clínicos.”

El hombre H. obedeció y tocó con su dedo la pantalla.

“Error”, dijo la Voz. “Ese es su dedo derecho, donde tiene el Nanoprocesador de Operaciones de Crédito. Por favor, apoye el índice izquierdo.”

“Es la costumbre”, se disculpó el hombre H., y cambió de dedo. Al cabo de unos segundos el ordenador mostró la tabla completa de sus biomarcadores.

“No hay nada irregular”, dictaminó la Voz. “Los indicadores son normales, la próxima caducidad visceral tiene lugar en febrero del próximo año, y los niveles de hedonina son excelentes para su edad. ¿Asiste usted a las reuniones sociodinámicas virtuales? Su historial biopsicológico indica que no lo hace con regularidad”

“Es cierto”, confesó el hombre H. Últimamente no tengo ganas.”

“Por favor”, insistió la Voz, “defina el modo lingüístico que acaba de emplear.”

“¿No tener ganas? Oh, es algo así como no sentir deseo de hacer algo.”

“Pero la asistencia a las reuniones sociodinámicas no depende de ningún deseo”, recriminó la Voz. “Su Programa de Ocio Asistido las ha consignado en su agenda mensual. Sólo es cuestión de conectarse. Además, puede hacerlo mientras duerme activando la opción Desdoblamiento Auxiliar de Conciencia. Es una manera de ahorrar tiempo.”

“Lo sé, pero aún así no puedo evitar sentir la extrañeza.”

“¿Ha visto a su familia últimamente?”

“No mucho. Mi anterior contrato matrimonial venció hace más de dos años, y estoy en lista de espera. Al parecer hay una demora bastante grande.”

“Es verdad”, admitió la Voz. Se está perfeccionando el Programa de Combinatorias Psicosexuales a fin de mejorar el servicio. Los usuarios son cada vez más exigentes, y eso crea dificultades y retrasos. Además, con la nueva reforma de las leyes de Empatía Integral de Género no damos a basto con las operaciones de cambio de sexo, y eso está complicando las reestructuraciones neovinculares.”

“Es lo que nos sucedió a nosotros”, suspiró el hombre H. con un tono de resignación. “Mi mujer y yo teníamos asignada la fecha para la cirugía transexual, pero hubo un problema burocrático. Finalmente intervinieron a mi esposa, pero a mí no, y cuando por último me volvieron a otorgar una fecha, el contrato matrimonial había concluido. Ahora estoy esperando que el Comité de Incidencias decida qué es lo más conveniente, si cambiarme de sexo o aguardar a que me asignen otra mujer.”

“Entiendo”, comentó la Voz. “De todas maneras, siempre que lo necesite puede solicitar a su médico unas cápsulas de estabilizador hormonal.”

“Las he probado, pero no resuelven la extrañeza”, porfió H. “Tal vez debería hablar con alguien.”

“¿A qué se refiere?”, preguntó la Voz.

“No lo sé. Alguien a quien contarle mi extrañeza, eso que se me ha puesto aquí en el pecho.”

“El registro de imágenes digitalizadas realizado esta noche por el tomógrafo de su cama no revela nada anómalo en su pecho”, informó la Voz.

“¿Y si la extrañeza fuese invisible”, preguntó el hombre H.?”

“Nada es invisible para nuestros ojos”, aseguró la Voz. “Todo está perfectamente bien. Despreocúpese y emprenda su jornada laboral. He dado la orden para que su Regulador Enzimático Intramuscular aumente 10 miligramos la dosis diaria de hedonina.”

“Gracias”, respondió el hombre H., y sonrió con humildad.

Se sintió reconfortado, incluso feliz. Tan feliz, que pocos instantes después atravesó el cristal de la ventana.

Pido disculpas por esta pequeña parodia de ciencia ficción, que introduzco a modo de apólogo, precisamente para disimular con el uso de la imaginación mi absoluto desconocimiento sobre lo que nos aguarda en este nuevo siglo. ¿Existe el siglo XXI? Desde luego, existe en nuestras conciencias, incluso puede escribirse con los números romanos, esos que por alguna razón que ignoro se escogieron para nombrar los siglos. No estoy tan seguro, sin embargo, de que tengamos ya una subjetivación histórica suficiente como para hacer consideraciones sobre un siglo que acaba de comenzar. En el fondo, hablar del siglo XXI, o pretender hablar de él, de un siglo que todavía sigue siendo en parte el futuro, es un modo inconsciente de asegurar nuestra existencia, como si nos

regocijásemos de nuestra fortuna. “Hemos nacido en el siglo XX, pero ha llegado el siglo XXI y continuamos aquí. Podemos hablar como testigos vivientes de dos siglos”. Posiblemente sea más acertado decir que somos capaces de reflexionar sobre el final del siglo XX, un final que nos es aún muy cercano, mucho más cercano que el siglo XXI, el cual es un enigma que necesitará cien años para revelarse.

¿Y qué es lo que puede decirse sobre el psicoanálisis a la luz de este fin de siglo, de su modo de existir, de aquello en lo que desembocó, y también de la encrucijada que atraviesa de cara al futuro? Ante todo, puede decirse que ha logrado sobrevivir, lo cual no es poca cosa. Si algunas décadas atrás se hubiera hecho una encuesta sobre qué discurso tenía más probabilidades de llegar vivo al siglo XXI, el psicoanálisis o el marxismo, no tenemos ninguna duda sobre cuál habría sido la respuesta casi unánime. El psicoanálisis era visto como una moda intelectual, como todavía siguen considerándolo la mayoría de los intelectuales locales, especialmente los marxistas, que no se dan por aludidos respecto a la bofetada que la historia les ha dedicado. Pero el psicoanálisis no es una moda intelectual, posiblemente debido a que no fue concebido como una cuestión del intelecto, lo cual no significa, por supuesto, que el intelecto le sea ajeno. El psicoanálisis es una experiencia y una praxis que se ocupa del ser, seguramente no la única, aunque muy probablemente la única en nuestra cultura occidental. Por supuesto, discursos sobre el ser han habido de sobra, pero ninguno de ellos se acompañó de una praxis y una experiencia, o mejor dicho, ninguno de ellos fue el resultado de una praxis y una experiencia de lo real. Si el psicoanálisis ha conseguido sobrevivir a las modas, a los avatares de la historia, incluso a las vicisitudes del propio movimiento psicoanalítico, es debido a tres razones principales: primera, la imposibilidad estructural de establecer ninguna clase de alianza con los dispositivos del poder, cualquiera fuesen; segunda, su indeclinable voluntad de proteger la verdad como acontecimiento singular, jamás extrapolable, en ningún caso extensible a lo universal, y por sobre todas las cosas separada de toda pretensión moral; tercera, su decidida orientación hacia lo real, lo real del sufrimiento del ser hablante.

Sin duda, estas tres razones no habrían sido suficientes de no haberse desplegado sobre el terreno firme de una terapéutica extraordinariamente peculiar, tributaria de la tradición del logos, pero a la vez desgajada para siempre del discurso de la medicina, discurso que sigue siendo prisionero de los ideales antiguos de la salud y la armonía. Porque una terapéutica que hace de la enfermedad el signo prodrómico de la condición humana, una terapéutica que no pretende curar al ser humano de su condición, sino más bien enfrentarlo a su incurabilidad, una terapéutica que no promete ni consuela, es cuanto menos una terapéutica peculiar. Lo curioso, lo maravilloso, lo verdaderamente apasionante, es que muchas personas, incluso después de cinco años de haber comenzado el siglo XXI, prefieran confiarse a las incertidumbres de esta terapéutica en lugar de apostar por las otras, las que se consumen como cualquier otro producto del mercado actual, como un objeto que se adquiere para remediar en vano la castración.

La castración. De eso, nadie quiere saber nada. A través de las formas más variadas, el discurso contemporáneo exalta las virtudes de una época en la que el sujeto está cada vez más próximo a la tierra prometida, al paraíso al alcance de la mano, a la democratización del goce, a la prolongación de la vida, a la definitiva evitación del dolor, al derecho a las satisfacciones inmediatas y a la perpetua novedad. El psicoanálisis no se opone a nada de eso. Oponerse, cuestionar la dirección de la historia, procurar el rescate de los valores que poco a poco se transforman, no es asunto del psicoanálisis. Para eso existe la Iglesia. Y cuando algunas personas formulan a la ligera el juicio de que el psicoanálisis es una forma de religión, no hacen más que demostrar que no han comprendido una palabra, ni sobre el psicoanálisis ni sobre la Iglesia. La Iglesia no tiene que preocuparse por nada. Ha ganado su batalla, la ha ganado para siempre, porque no hubo ni habrá jamás ningún período de la historia que se libere del oscurantismo, ni siquiera el actual, tan moderno y avalado por la racionalidad científica. Y la Iglesia representa eso, la necesidad humana de mantenerse parcialmente sumergidos en la oscuridad.

Por ese motivo, porque el psicoanálisis no es la Iglesia, a pesar de compartir con ella ese indeciso dominio llamado espiritualidad, no está en su mano ni en su propósito promover un discurso moral sobre todo aquello que en la modernidad sirve de coartada para ocultarle al sujeto la castración. El psicoanálisis no es un método de denuncia, ni un juicio moral, ni una forma de filosofía o de

psicología. Se limita a recibir a aquél que dice tener un síntoma, y si lo dice será porque lo tiene, y si lo tiene no se valorará su medida, su objetividad o su importancia. Ningún método puede pretender una objetivación del sufrimiento, salvo el método de dejar hablar al que lo padece, y acompañarlo en el derrotero de su verdad.

Después de un siglo de existencia, y a las puertas de un siglo nuevo, el psicoanálisis ha conocido toda suerte de oposiciones, y renovadas figuras hostiles se suman a la larga lista de sus adversarios. Si algo inédito vemos dibujarse en el siglo XXI, si algo podemos afirmar con cierto fundamento sobre este siglo que aún no existe, que no es más que un siglo por venir, es que por primera vez en la historia del psicoanálisis son los Estados modernos los que ponen sobre él un punto de mira, y comienzan a preguntarse si esa extraña praxis que ha discurrido desde siempre por circuitos extraterritoriales a los espacios políticos y universitarios, que ha ejercido una acción en los dispositivos de salud mental, pero una acción que ha permanecido relativamente oculta a los poderes públicos, comienzan a preguntarse, decíamos, si esa praxis no debería ser sometida a examen, a verificaciones, a pruebas de científicidad, a balances de resultados, a mediciones de calidad. De momento estamos en una fase inicial del proceso, una fase en la que el estado democrático, a través de sus funcionarios y burócratas, todavía está dispuesto a concederle al psicoanálisis una especificidad que lo exceptúe relativamente de la fiscalización y el control que pretende ejercer sobre los instrumentos terapéuticos de la salud en todos sus aspectos. Se acepta, por ahora, que el psicoanálisis no es exactamente una psicoterapia, que su método, su proceder y su concepción de la salud, la enfermedad, la cura y el bienestar no son pasibles de ser evaluados con criterios estadísticos o de rendimiento. Pero no debemos caer en la ingenuidad de creer que mediante una bula el Estado nos concederá un estatuto especial. Esta primera fase es sencillamente un paso en el programa de expulsión del psicoanálisis del ámbito público, y su relego a la esfera privada e íntima de ciertos sectores y minorías que siempre seguirán existiendo y dirigiéndose al psicoanálisis, al menos hasta que sobreviva el último analista.

¿Cuál será, entonces, la política, la estrategia y la táctica que el psicoanálisis deberá darse para intentar atravesar el nuevo siglo y alcanzar la otra orilla? ¿Una batalla frontal contra los poderes del estado, empleando los medios de comunicación, los debates públicos y las alianzas con otros colectivos de psicoterapeutas? ¿Una retirada estratégica hacia los espacios privados, los que sin duda dieron alojamiento y respetabilidad al psicoanálisis durante décadas? ¿Una reconversión o reciclaje de nuestra doctrina y nuestra clínica a fin de adaptarla a los paradigmas de científicidad y eficacia que dominan el discurso del cálculo y la evaluación? Algunas corrientes del psicoanálisis ya están pensando en esta última opción, y sus representantes no dudarán, si es preciso, en sacrificar cualquier concepto o principio que pueda resultar inconveniente para recibir el sello de aceptación ministerial. “Hay que adaptarse a los tiempos que corren”, dirán algunos. Otros, más resignados, opinarán que “más vale existir a medias que desaparecer del todo”. Los analistas lacanianos no queremos adaptarnos, ni reciclarnos, ni renunciar a los principios que rigen nuestra cura, porque esos principios son innegociables, en tanto son parte de la trama fundamental del psicoanálisis, sin los cuales la práctica analítica no sólo pierde su forma, sino también su esencia, su sentido, su especificidad, o lo que es aún peor, su ética.

El siglo XXI, en lo que respecta al psicoanálisis, será conocido como el siglo en el que ya nunca nadie se asombrará de oír hablar del inconsciente, ni de la sexualidad infantil, ni del complejo de Edipo, ni de la decadencia de la imago paterna, ni de la pulsión de muerte. El siglo XXI será seguramente el siglo en el que todo saber podrá admitirse, por la sencilla razón de que a nadie le importará lo más mínimo. Sólo importarán las cifras, las cuentas, las fórmulas que nos muestren cuánto cuesta erradicar una fobia, disolver una obsesión, o acallar un delirio. Seguramente estamos derrotados de antemano, porque si se trata de abaratar costos, el psicoanálisis siempre saldrá perdiendo. El psicoanálisis no hace rebajas ni descuentos, apuesta por el deseo a pura pérdida, y no reembolsa al sujeto la satisfacción con la que sueña. Pero al menos nos quedará el placer de seguir recibiendo a quienes los argumentos objetivos no les convencen del todo, y prefieran la aventura de aprender a arreglarse con su síntoma con los viejos y misteriosos poderes de la palabra, cuyos efectos serán siempre incalculables.